

# EL PEQUEÑO MUNDO DE LA TELEVISION ESPAÑOLA

**O** FRECEMOS en esta página unos aspectos de nuestra televisión. Cada día es mayor el número de sus espectadores y, por ello, también cada día es mayor su influencia social. Por eso quisieramos que este medio difusivo se perfeccionase constantemente. Por eso le abordamos de manera crítica. Si no tuviéramos esta libertad de censura tampoco podríamos aplaudir tantas cosas deliciosas con que nos ha obsequiado y para las que no regateamos aplausos.

Decimos sin ambigüedad nuestra opinión que es a la vez la de muchos españoles. Y nos fijamos solamente en algunos aspectos, de momento. En otra ocasión pondremos en otros nuestra consideración. Pero que no se nos tache de dureza. En el país se suele criticar muy poco y, por eso, toda crítica nos parece dura. A pesar de las apariencias ésto no lo es. Al menos no está hecha sin haber sentido el propio dolor de tener que decir estas cosas. Como sentimos alegría al aplaudir.

Desde luego no hay animosidad, ni personalización alguna por nuestra parte. También los que se equivocan en su tarea tienen derecho a nuestro respeto. Y no lo equivocamos. Tratamos simplemente de señalar unas cuantas cosas que nos parecen particularmente graves y que tienen sin duda algún remedio.

## El cine en la pantalla pequeña

**L**A televisión que, por lo que se dice, es el mayor enemigo con el que hasta ahora se ha encontrado el cine a lo largo de su medio siglo de historia, recurre precisamente al espectáculo cinematográfico para hacer de él base de muchos de sus programas. Esto sucede en todos los países donde la TV. ha alcanzado popularidad y difusión y, por supuesto, España se encuentra entre esos

países donde la «pantalla pequeña» cuenta con crecidísimo número de adictos incondicionales.

Si la televisión pretende ser, en alguna forma, un medio educativo o formativo de una cierta cultura popular, se equivoca. Si pretende ser mera ocasión de sano recreo o pasatiempo, yerra. Y se equivoca y yerra precisamente en cuanto a la inclusión del cine, el cine que hasta ahora nos está mostrando, a lo largo y a lo ancho de sus famosas «625» líneas de canal. Los espectadores de cine que nos muestra nuestra televisión son, en su mayoría, realmente detestables. Sabemos que la gran mayoría, por no decir todos, de los «films» de corta duración que se exhiben en los programas televisivos de nuestro país están rodados especialmente para difundirlos por el ingenio de la televisión y que, también, casi todos son de procedencia norteamericana. Pues bien, todos estos «films» son de una categoría artística sorprendentemente ínfima que ni son educativos, ni formativos y lo que es peor no entretienen, sino aburren. Suelen ser películas en serio, a por entregas, copia de un género de cine que por lo superado ya se considera «prehistorico». Quizás al espectador de otras latitudes le resulte entretenido e interesante, pero la verdad es que para el espectador o «televidente» español es un pasatiempo agobiador. La TV. española nos brinda esta clase de «entretencimientos» a hora y deshora, a diestro y siniestro. Y nos cansa y nos aburre con los episodios del «Oeste», insulsos y carentes de interés; nos toma por mentes infantiles al pretender que nos riamos ante la presencia de un caballo que habla, aunque al hablar diga más sensateces que su amo; cree muy superficialmente desarrollada nuestra inteligencia al pretender que nos interese-

mos por «Bonanza», pues en realidad se nos importa un ardite lo que les suceda al caballero protagonista de esa «serie» y a sus tres hijos; pretende, sin conseguirlo, sorprender nuestra buena fe de espectadores para que nos fijemos en las extrañas aventuras que corren tres detectives aficionados que han fundado una sociedad, no menos extraña, para prevenir el crimen o que nuestra ingenuidad se deje arrastrar por las peripecias de dos periodistas que juegan a «epicacias y ladrones» en las calientes tierras de Honolulu. Quizás se salve de toda esta serie de «films», imperdonablemente tontos, el conspicuo señor Mason y alguna película relativa a descubrimientos científicos. Por otra parte todas estas películas están «dobladadas» en países sudamericanos y la jerga de americanismos de que están repletas no favorecen en nada el desarrollo del buen decir en el ámbito de nuestro país.

En cuanto al cine que, alguna que otra vez, se exhibe en los programas nocturnos del último día de la semana no podemos decir, ni mucho menos, que sea un acierto. Se trata de películas, la mayoría de las veces, que en el tiempo en que fueron «hibidas en las salas de cine no conocieron el éxito debido a su bajísima calidad y que la televisión, con un esfuerzo digno de mejores empresas, se empeña en «retenerlas». Así como la televisión se ha inventado unos signos gráficos, de un rombo o dos según los casos, para indicarnos cuáles son los programas tolerados o no tolerados, debería inventarse otro, por ejemplo tres rombos colocados, como los anteriores, en la parte superior de la izquierda de la pantalla, a la hora de empezar sus espacios «filmicos». Sería la señal, que por buena agradeceríamos, para apagar el televisor y encender la radio.



## TEATRO Y TELEVISION

**L**A dificultad mayor no es, en poner en TV. el Edipo, Romeo y Julieta o el Hospital de los Locos, y de hecho se han puesto con éxito. Cuando

un telespectador sigue la representación de una tragedia griega o de un auto sacramental, uno asiste a un drama nuevo, distinto, que no se encuentra ni en la pantalla de la TV. ni en el espectador. Uno asiste a un drama con dos personajes: el espectador y la TV. Por un lado la TV, que monologa y por otro el espectador que escucha y se da, algo, una situación dra-



## RELIGION Y CULTURA EN TV.

**L**OS programas religiosos de Televisión Española son en general difíciles de soportar. «El día del Señor», por ejemplo, el espacio de la sobriedad de los domingos, está concebido como un viejo sermón. No hay un día en que no se nos hable en el de la madurez del mundo moderno y de los enemigos de la Iglesia. No se trata ni un solo problema vivo que electriza, ni una sola polémica o diálogo que interese a los televidentes. El lenguaje es devoto y convencional, abundante en recomendaciones y deseos piadosos.

En ocasiones incluso se ha escenificado para los espectadores un pasaje evangélico, como si se tratase de la catequesis de parvulos. La Iglesia que se nos muestra es una Iglesia clerical, sin vida, deshumanizada, aerea, antipática. Como si el tema de la Iglesia no fuera hoy el más bello de los temas de nuestro tiempo, como si no ardiese en vitalidad y humanidad por los cuatro costados, como si fuera ese injusto asunto de las curas que se nos sigue pintando. Porque los hombres de chiqueta que pasan por el programa hablan también un lenguaje clerical y son conformistas y como hechos para responder sin una discordancia. También suelen darnos una visión pesimista del mundo y una visión triunfalista de la Iglesia.

Cuando el programa aborda temas sociales es de un fervoroso paternalismo hacia los pobrecitos obreros, como cuando habla de los negros sigue considerándolos los pobrecitos negros, necesitados de tutela, mientras, a seguid, se hacen tan tranquilamente antisemitismo como si el precepto de la fraternidad y del amor y de la dignidad humana que nos hace ver en otro hombre a un igual no rezase para con los judíos, a quienes los reverendos padres de ese espacio, tan situar en la acera de enfrente.

Por la hora en que se emite y su tono parece desde luego pensado para no procurar malas digestiones, ni desazones.

«La familia por dentro» es otro espacio religioso de los jueves por la noche. Hace un par de años pudimos escuchar charlas verdaderamente interesantes sobre problemas infantiles, pero después han comenzado a abordarse temas de noviazgo y matrimonio con buena intención, sin duda, pero con pésima fortuna. Están tan alejados de la realidad que un día dan en la tragedia griega y al siguiente en la novela rosa, y la vida no es ni lo uno ni lo otro. El lenguaje, los temas, los vestidos, las maneras y el tono son, por lo demás, archiburgueses. También se despachan recetas de felicidad o resignación y se leen cartas tan emotivas que o-

se fabrican en el estudio o quien les escribe para la televisión, para lucimiento literario seguramente, aun inconsciente.

«Para mayores de dieciséis años» era una emisión—no se si continúa—del padre Urteaga para niños ricos y listos con terribles problemas sentimentales y muy bien fundadas esperanzas económicas. En ellos se hablaba también alguna vez de los pobrecitos pobres. Y muchas, muchas más que del Evangelio, de «Camino», un libro que contiene máximas más sensatas que el Evangelio sin duda, menos peligrosas, más amables.

Naturalmente esta crítica va dirigida al conjunto de los programas. Algunos días todas estas cosas que apuntó se han dado en menor grado y hasta ha habido programas de algún mayor interés. Nunca mucho, ésta es la verdad. Y la gente corriente no los soporta.

Però la Televisión aborda también temas específicamente intelectuales y sería un formidable vehículo de cultura. Pero los temas abordados, por ejemplo, en «Universidad TV», no son precisamente de divulgación. No son profundos, pero el lenguaje con que se abordan resulta pedante, por excesivamente técnico y magistral. Otras veces los temas en si invitan a cerrar el receptor por su aridez y carácter escolástico. Pero además ocurre que el ilustre catedrático que diserta da como conclusiones inapelables y certísimas, lo que solamente es una opinión suya o de cierta escuela y ciertamente que no es manera de formar la de dar como cierto lo discutible. Así se crea la conciencia soberbia del sermoneador que sabe algo y muy mal, pero de una manera dogmática.

«Foro» es otra emisión que pudiéramos llamar cultural de los martes por la noche. Consiste en un diálogo entre siempre egregias figuras de la intelectualidad nacional—a veces esto es verdad y otras no—sobre diversos temas. Pero, con coincidental, casi siempre todos están de acuerdo o emiten tan débiles críticas y adoptan tan débiles posturas dispares, que uno se cree en un noviciado de gentes domesticadas. Al final el señor Fernández Asís, presentador del programa, recapitula en una bella y nada comprometida frase lo que allí se ha dicho y lo que no se ha dicho. Y todos tan contentos. Incluso si alguna o mucha independencia de criterio, se le orilla un poco y en paz. Pero un intelectual ha de ser un hombre independiente.

De todos modos es un rasgo común a nuestras emisiones de televisión lo mismo que a otras mani-

festaciones públicas la del conformismo y aun la de alabanza exagerada y delirante. Todos los que aparecen ante sus pantallas son eximias personalidades, el «no va más allá», aunque luego no sean capaces de decir dos palabras sin un papellito ante sus ojos. Y las críticas están mal vistas. Alguien ha inventado lo que se llama la crítica constructiva, que no es nada, al menos no otra cosa que una cobarde alabanza. Porque toda crítica se trata de destruir defectos es para construir mejor, y donde no hay crítica no puede haber verdad.

Desearíamos, en fin, que los que hablan ante las cámaras dieran, como cualquier otro conferenciante está en la obligación de hacerlo, razón y cuenta de las cosas que aseguran. De otro modo es muy difícil referirse a ciertos espacios fijos de disertación gratuita por cuenta de un solo señor y de los temas más variados y a veces más inaprensibles. Por ejemplo, no sabemos cómo calificar esa ingenuidad reciente de llamar «Cristoamérica» a Latinoamérica o Iberoamérica o Hispanoamérica. Porque parecía que el orador hablaba en serio y no trataba de hacer greguerías. Pero el rigor y la exactitud más escrupulosas son exigibles en estos espacios de más o menos orientación espiritual. Y si Televisión Española lo desea, puede lograrlo fácilmente: exigiéndolo de sus colaboradores.

J. J. L.

# LA TELEVISION, ESPECTACULO DEL PORVENIR

**E**N los últimos años se han cerrado cientos de salas cinematográficas en Inglaterra, y en los Estados Unidos sucede algo parecido. La crisis de Hollywood está motivada principalmente por el auge de la televisión. Las casas productoras lanzan anualmente millones de aparatos que encuentran fácilmente comprador. Por toda Europa los tejados han modificado las perspectivas urbanas. Las antenas de la televisión levantan su garabato por los más insospechados

rincones. Millones de seres se agrupan en torno a la pequeña pantalla.

Nos encontramos—con la televisión— ante un fenómeno de características sociales y culturales que superan con creces al cine. Lo multitudinario se ha hecho familiar. Cientos de millones de personas ven la televisión. No es un espectáculo minoritario; al contrario, lleva camino de hacerse popular, especialmente en España, que en este caso es lo que interesa. Posiblemente, no pasará ni muchos años sin que cada vivienda de nuestra nación tenga su correspondiente aparato televisor. Hoy por hoy sigue siendo caro el conseguir el mismo. Pero las facilidades crediticias y la popularidad de la televisión van a hacer que quienes hasta ahora buscaban esparcimiento de ocio en el cine y la radio se pasen a la pantalla familiar.

Las consecuencias de todo orden son incalculables. Y es desde el aspecto sociológico donde nos interesa enfocar su problemática. ¿Cumple una función social la televisión? ¿Puede ser fuente de cultura y entretenimiento para una masa a la que el cine no ha conseguido elevar?

En principio, digamos que no sucede así. En España—circunscrita la televisión a la cadena oficial— los programas son mediocres y de escasa entidad. Se nos podría argüir que la escasez de fondos es el origen de la pobreza de las emisiones. No es éste, nos parece, el problema. El mismo radica en que la selección carece de un mínimo rigor artístico. Vayamos al grano: la mayoría de los «cortos» proceden de los estudios americanos; las lecciones versiones españolas indignan a cualquiera, y aunque no seamos académicos de la Lengua hemos de denunciar energicamente un castellano pintoresco que lo-

grará en muy poco tiempo desintegrar el delicado idioma nacional. Aparte quedan las disparatadas invenciones, sin un mínimo de arte, que nada de calidad ni de humana trascendencia ofrecen.

¿Que diremos del resto de los programas? Un repaso somero a los mismos nos puede demostrar que, salvo estímulas excepciones, no nos dan una mínima garantía de calidad. Hay unos cuantos señores que se dedican a perorar—desde ciertas alturas olímpicas— otros espacios están dedicados a frivolidades que no se muestran al alcance de las mayorías, o se aprovecha la pública tribuna para largar profundos análisis culturales, científicos o artísticos que nada dicen a nuestro espectador medio.

Resumiendo, diremos que la televisión española no ha alcanzado, artísticamente, la mayoría de edad. Ello es un síntoma grave, sobre todo si

tenemos en cuenta que en un rápido espacio de tiempo va a ser el espectáculo número uno de la nación.

Hay que meditar hondamente sobre la televisión. Evitar, en lo posible, el envilecimiento a que ha llegado cierto sector de la radiodifusión y que el espectador, o televidente, adquiere conciencia de su personalidad por medio de la pantalla. Desde una circunstancia lingüística habrá que aligerar o suprimir totalmente tanta estupidez extranjera, sin pie ni cabeza y en un castellano deformado; ofrecer programas interesantes y al nivel de todos; en definitiva, deleitar enseñando.

Es de suponer que la televisión será familiarmente un espectáculo decisivo; el declinar de otros géneros, tal como sucede en el resto del mundo, marca el privilegio de la nueva era. No puede concebirse, por tanto, el nuevo hallazgo como una cualquiera forma de evasión, ya que está llamado a ser el vehículo que relacione a multitud de personas con la cultura hablada y vista.

No es caso de menospreciar la televisión, como suelen hacer ciertas gentes que van de vuelta de todo. Para bien o para mal, de ello estamos íntimamente convencidos, ha de ejercer la misma un poderoso influjo en el país. Lo que importa es que sea positivo, una vez superada la actual etapa que representa muy poco todavía, afortunadamente.

MIGUEL ANGEL PASTOR

mática porque el espectador no logra comprender. El espectador recoge simplemente una cascada de palabras, generalmente dichas con énfasis. El espectador observa la pasión, el gesto encendido, el parlamento cargado de reflexiones, pero el espectador recoge sólo lo hipérmico. Hay un drama, pues, el de la incomprensión de obra puesta por parte del público. ¿Por qué?

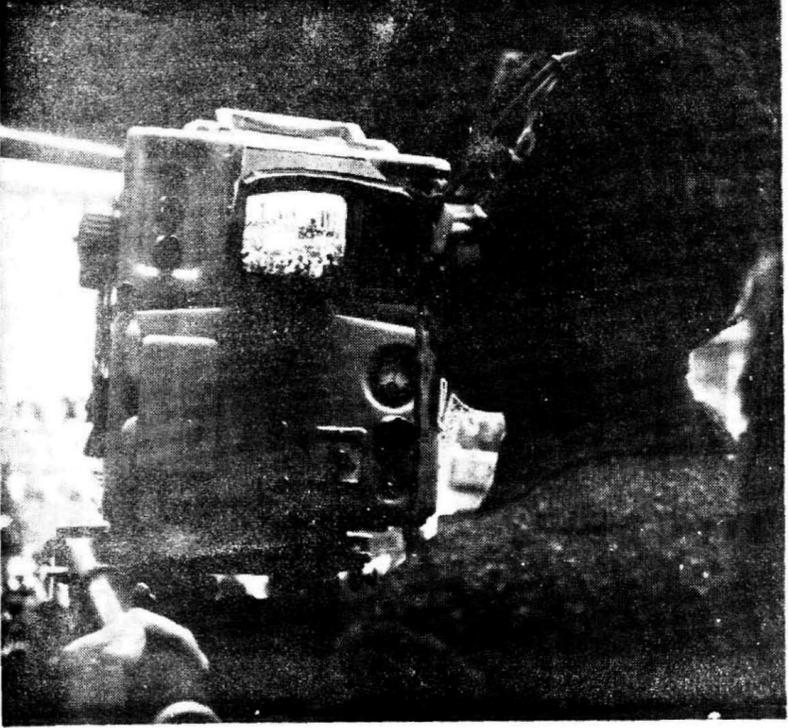
Para comprender una tragedia griega hay que conocer el mundo ideal y material del hombre griego, para comprender un auto sacramental hay que conocer la concepción del mundo que tenía el hombre de nuestro siglo de oro. Para interpretar una obra de un autor dramático de nuestro tiempo hay que tener una visión general de los problemas actuales en los que incide la obra. Resumiendo, son necesarios ciertos conocimientos mi-



nimos de la historia de la cultura. De lo contrario se producirá el drama que estamos acostumbrados a presenciar de las obras incomprensibles y el público burlado. El público debería estar preparado ya mediante una formación previa.

¿Qué hacer, pues, para resolver este problema, por parte de la televisión? Quizá la televisión debería llenar este vacío de formación mediante programas de extensión cultural, teatral, para que no solamente fuesen comprensibles el teatro de Arrieches, de Benavente o de Mihura, sino el de Sófocles, Shakespeare y Calderón.

C. A.



**EL CABALLO DE TROYA**